



KONVERGENCIAS LITERATURA

ISSN 1669-9092

Año III, N° 7 Abril 2008

**CUERPOS MARCADOS:
ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA
Y GENEALOGÍAS DE VIOLENCIA**

Natalia Ferro Sardi (Argentina)

La literatura construye la historia de un mundo perdido. La novela no expresa a ninguna sociedad sino como negación y contrarrealidad. La literatura siempre es inactual, dice en otro lugar, a destiempo, la verdadera historia. En el fondo todas las novelas suceden en el futuro.

Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*

El hecho literario no se concentra ni en la marioneta ni en la mano que la mueve sino en un intento de percepción de los hilos invisibles que van de la una a la otra.

Luisa Valenzuela, *Peligrosas palabras*.

El diálogo que sostienen las novelas de Andrés Rivera con el discurso histórico ha sido abordado de manera recurrente¹ por la crítica literaria. A lo largo de sus textos

Silvia Natalia Ferro Sardi es Profesora y Licenciada en Letras (Universidad Nacional de Tucumán) y estudiante regular del Doctorado en Letras (U.N.T, Argentina). Posee actualmente una beca de Postgrado Tipo I otorgada por el CONICET. Ha publicado: *Fórmulas de amor y mercado. La narrativa de mujeres en América Latina*, IIELA, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2007. Los resultados de sus investigaciones han sido expuestos en encuentros nacionales e internacionales. Publicó artículos en actas y revistas especializadas.

¹ Aquí sólo consideramos algunos de los numerosos artículos que consideran esta problemática. Marta Morello-Frosch (1991), traza las líneas de continuidad y ruptura entre la narrativa de Borges y del autor de *El farmer*. Para esta crítica si bien Rivera, ideológicamente se sitúa a mayor distancia que Ricardo Piglia o que Abelardo Castillo, del escritor de *Ficciones*; manifiesta, no obstante indicios de influencias borgeanas más reconocibles (vocabulario, estructura policial, final paradójico, sólo por mencionar algunos ejemplos). Para Morello-Frosch, el cruce de discursos (de la historia oficial, de la crónica, del periodismo, en *En esta dulce tierra*) “produce no sólo una historia de la derrota frente a la infamia, sino crónica de resistencia continuada frente a los excesos de

desfilan personajes marginales, silenciados por la Historia oficial (Flawiá, 1998), deteriorados y vencidos (De Diego, 1997). Su relectura del pasado nacional implica un gesto político en el que convergen una actitud crítica y un compromiso estético. Esta revisión se centra en las derrotas y a partir de ella se lleva a cabo un recuento de perversidades, infamias, traiciones y culpas (Morello-Frosch, 1991) que atraviesan tanto el espacio privado como el público. Los ejes temáticos que recorren la narrativa del escritor de *La sierva* (1992) retoman de manera obsesiva la relación entre delincuencia y poder, el impacto de los acontecimientos sobre los vínculos sociales y las diversas manifestaciones de la violencia.

Dentro de este marco, el presente trabajo se propone abordar la relación entre delito, subjetividades y espacios privados en *Esto por ahora* (2005) y *Punto Final* (2006)². Ambas obras pueden ser leídas como una sola debido a la unidad temática, a la presencia de los mismos personajes y al crimen como pieza clave que a modo de bisagra opone, por un lado subjetividades diferentes; y por otro, le permite a Rivera trazar continuidades y modulaciones de las identidades argentinas³.

La continuidad se explicita ya desde los títulos. La secuencia temporal a la que remiten no es a la de la organización interna del relato, sino a la del proceso de escritura. La fragmentariedad y el doble zigzag en el tiempo demandan al lector la tarea de armar el rompecabezas que compone la escena del asesinato y reconstruir las experiencias que fueron marcando a quienes intervienen en éste.

De esta forma, los respectivos espacios privados ofrecen un marco de interpretación posible para el accionar. A partir del empleo de estrategias narrativas análogas – la adopción de la perspectiva del narrador protagonista, la simulación de un vocabulario representativo de un sector, la inclusión de anécdotas pasadas, el inserción de prolepsis y analepsis y el trazado de genealogías – se configuran disímiles posiciones en las relaciones de poder.

Crueldades cotidianas e infamias contextuales

Distintas manifestaciones de la violencia se reiteran en esta prosa. Las relaciones sociales se encuentran infectadas, en distintos niveles, por perversidades y vilezas (Morello

poder” (1991: 117). Nilda Flawiá de Fernández (1998), considera las versiones que de la ficción y de la Historia Rivera pone en diálogo en *La Revolución es un sueño eterno*. Ella afirma que, a partir de una resemantización y re-descubrimiento de la Historia argentina, el autor asume el lugar de los silenciados por la Historia oficial provocando a la memoria y proponiendo la escritura como una forma de resistencia. Para Edgardo H. Berg (1997) la operación que lleva a cabo Rivera con los fragmentos del discurso histórico funda “un espacio polémico” (75) en el que la literatura escribiendo la historia de los vencidos expone la trama de disputas y traiciones oculta o tergiversada por la Historia oficial. José Luis de Diego (1997), examina la apropiación que de las formas de la novela histórica realiza el novelista, con el propósito de enfatizar la manera en la que Rivera elude las trampas de estas formas textuales desde una estética original.

² Emplearemos las siglas EPA para la primera novela y PF para la segunda. Las citas incluirán entre paréntesis el libro al que pertenecen y el número de página.

³ Utilizamos aquí el plural porque las novelas no postulan la identidad como una construcción unívoca transparente u homogénea, sino más bien la plantean conformada por una fluida interacción entre distintos componentes: religión, ideología, origen nacional, clase y género.

Frosch, 1991). La decadencia de los vínculos se traduce en juicios de valor o comentarios, en el caso de Arturo Reedson, o en un parricidio, en los Benavídez. La defunción es un proceso normal y hasta armonioso en el linaje del reportero; mientras que constituye un atentado en el tronco del ex policía. En estos dos núcleos, no obstante, una y otra concepción de la muerte, se hallan naturalizadas.

A través de conversaciones en apariencia triviales, entre los personajes, la historia mínima, privada, cotidiana se entreteje con los hilos de la Historia nacional. Varios acontecimientos del siglo XX se enlazan con los destinos de los protagonistas ya sean estos, testigos o partícipes de los mismos. En este sentido la familia, como dispositivo narrativo, permite comprender no sólo coyunturas políticas e históricas sino también propone una interpretación de mecanismos culturales de reproducción.

El maltrato y los abusos, el compromiso y el desencanto encuentran sus raíces en las genealogías diagramadas. La construcción paralela de estirpes provenientes de clases sociales diferentes, de disímiles perspectivas ideológicas, permite a Rivera proponer una cartografía de las identidades. Las “forma(s) diarias del convivir” (Morello-Frosch, 1991: 114) han ido volviendo “invisibles” actitudes que fueron marcando y condicionando a un país, caracterizado en estas novelas por el deterioro y la carencia de proyectos sociales.

Distintas imágenes corporales recorren las ciento nueve páginas de un texto y las ciento veinticinco del otro: cuerpos enfermos, controlados, desfigurados, desobedientes, animalizados, deformados y putrefactos. Toda esta variedad puede ser leída como una metáfora del cuerpo-nación. Ambos se encuentran atravesados por la violencia, ubicados, uno y otro, de acuerdo al momento en que nos situemos, en el lugar de quienes la reciben o en el de aquellos que la producen. El Estado criminaliza y es en sí mismo ejecutor de delitos⁴. Las instituciones se encuentran estalladas.

Las acciones y las pláticas, en los Benavídez, ponen de manifiesto los juegos de poder sobre los que se articulan las relaciones familiares. Los monólogos de los personajes pronunciados a modo de confesiones, giran en torno a problemáticas relacionadas con la lucha sordida por el pan diario, el olvido de la noción de respeto y moral y la ruptura de una armonía en el hogar. Éste ya no existe, ha cedido frente a una supervivencia descarnada.

La escritura, en un tono amargo, da cuenta de una sociedad que se resquebraja y de la existencia de sujetos que se hallan en descomposición. Lo hace a partir de ellos mismos. Estos nos introducen en un espacio periférico, de marginalidad económica, conformado a partir de una combinación de objetos y prácticas. Se intercalan junto a los apartados que llevan el nombre de las subjetividades delincuentes, las secciones en las que habla la víctima.

⁴ “Los diarios crearon una fórmula injuriosa para veinte años de servicio y de uniforme: *gatillo fácil*...Hijoputas los diarios, dijo Don Benavídez, y contó Daiana. Veinte años de guardias nocturnas y de adicionales. Veinte años de servicio, uniforme y una 45, y la escritura de informaciones que no abusaran de la ausencia de haches, y de las sustituciones de la be larga por la be corta. Y la exposición del cuerpo, dijo Don Benavídez, y contó Daiana, a las balas de los malandras que salían de madrugada, y paseaban el efecto de la *fana* por las rotas, vacías calles de Córdoba. (...)

Son menos que perros, dijo Don Benavídez, y contó Daiana. Desde que se fueron los milicos del gobierno, son menos que perros” (EPA: 30)

Las voces ofrecen retazos dispersos de anécdotas, que deben reorganizarse con el propósito de obtener una representación del colectivo del cual y desde el cual se construye ese grupo. Algunas de éstas se oponen y otras reafirman aspectos mencionados por el discurso oficialista de ciertos medios de comunicación, aquí ironizados desde un comentario previo a su transcripción. Desde la prensa se homogeneiza y se simplifica a un sector que también tiene su propio centro y margen. Lugares, como puede aquí verse, siempre inestables y cambiantes. De lo general, los “perros”, castigados por Benavídez, nos desplazamos a lo particular. El proceso de animalización continúa y se intensifica en la figura de Lucas tratado así por su incestuosa hermana Daina y por su padre. Lo matan, por la espalda, como un animal.

Instrumentalización de los cuerpos

El núcleo familiar hace posible además visibilizar los procesos de subjetivación, es decir, considerar la densidad de las experiencias de cada individuo y al mismo tiempo, revisar el impacto de esas fases sobre el tejido social. Se relata la pérdida de una integridad cuya explicación no termina en las condiciones impuestas por el sistema. La obra expone la “capitalización” de una sociedad y su consecuente deshumanización en todas las esferas y sectores.

El paralelismo entre uno y otro ámbito no se lleva a cabo desde una mirada que simplifique las complejidades de cada una. La escritura no homogeneiza a los grupos. De ahí que puedan compararse figuras como Arturo Reed y Pancho Eclert⁵, Facundo y Lucas, Daiana y Claudia.

Las atenciones y los pocos gestos “de cariño”, forman parte de una retórica que oculta intereses económicos. El cuerpo, de ese, que está vinculado a uno por lazos sanguíneos es un instrumento para alcanzar determinados fines. Erotismo y sexualidad dan forma a escenarios sobre los cuales se articulan luchas diferentes. La relación entre delito y género femenino pone en evidencia otras representaciones identitarias que alejan a las mujeres de la función tradicional de víctimas. Estas figuraciones han producido, de acuerdo a Ludmer (1996) una serie de fábulas que tienen lugar en Argentina, entre las modernizaciones por globalización de fines de siglo⁶.

Si bien, las acciones sangrientas están reservadas a los hombres, la palabra y cuerpo de las mujeres pueden, no obstante, ser igual de nocivos. Éstos se ofrecen por “favores” inmediatos y se manejan para armar trampas, tanto en el caso de Claudia como de Daiana. El género se resuelve en términos de mandar y obedecer, como lo señala ésta última dando cuenta de su destino después de la muerte de Don Benavídez y de Lucas:

Y yo, en Clasificados de La Voz, puse un aviso:

Soy mujer: quiero ser tu hombre. \$40 1/h.

⁵ “Pancho Eclert va a morir, a dos o tres días de esa tarde de invierno de 1977. O un mes después. ¿Importa el tiempo que distanció esa tarde de invierno de 1977, que nos reunió a Pancho Eclert y a mí bajo los brillos pálidos, evocadores de *La Ideal*, y nuestros silencios y los cafés humeantes que él y yo tomamos antes de que se fuera el domingo, antes de que los asesinos se acostaran con sus atavismos patrióticos y su asignada, ineludible misión, culo a culo con sus mujeres?

Los que se acercaron a mí, anhelaban cambiar el mundo, dijo Pancho Eclert.” (EPA: 104-105)

⁶ A lo largo de ese extenso siglo del que habla la crítica, pueden agregarse otros ejemplos que matizan o modulan sus afirmaciones, no obstan, su estudio ofrece un interesante modelo de lectura.

Y vienen los que quieren ser mis mujeres. Pagan por ser mis mujeres. Pagan para ser mis putas. (...)

Los cuarenta pesos, le digo al hombre que, con la cabeza gacha, espera ser mi mujer.

Desvestite, le digo al hombre que es para ser mi mujer (PF: 115-116)

El ocaso del intelectual⁷

La manera en que los individuos se relacionan con lo político y lo público afecta su vida privada. Los sujetos incorporan, a lo largo de su existencia, aprendizajes en esos tres espacios que van moldeando su identidad política. Se entiende por identidad política al proceso de identificación de cada persona con un colectivo político simbólico o real (Ollier: 1998).

Las escenas de infancia, en el caso del periodista jubilado cumplen determinadas funciones. Se cruzan y se entranan, a través de relatos de la madre, retazos de un tiempo anterior procesado por la memoria de otro — un sujeto real, concreto formado por tramas históricas y sociales— junto a las experiencias personales. Este gesto no puede ser entendido como un acto inocente. Las narrativas del pasado se encuentran, expuestas a luchas políticas por su apropiación, interpretación y transmisión.

Los recuerdos se encuentran insertos dentro de convenciones sociales que admiten y orientan la reconstrucción de nuestra Historia. La evocación personal está siempre sumergida dentro de narrativas colectivas que la enmarcan. Esos marcos son históricos y cambiantes, por eso, la forma en que cada sociedad repasa su pasado varía a lo largo del tiempo (Halbwachs: 2004). Esta diferencia se evidencia en diálogos entre la madre y el hijo en los cuales este último busca elementos comunes entre aquello que ella cuenta de otras tierras y los episodios de su país. La búsqueda de sentidos se hace manifiesta a través de interpelaciones⁸.

⁷ Hugo Achurá, en el artículo “Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento” parafrasea y analiza textos de otras tradiciones con el propósito de caracterizar las actitudes posibles de los intelectuales: “Hay un proverbio africano que dice: ‘Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador’” (citado por Galeano 1997). El proverbio escenifica un conflicto permanente mediante tres personajes: leones, cazadores e historiadores, o dicho de otra manera, los oprimidos, los opresores y los intelectuales. Al mismo tiempo que alude a una historia, diseña dos lugares y dos prácticas intelectuales: el lugar y la acción de los leones y el lugar y la acción de los cazadores. Hay otra historia, de origen brasileño, que ofrece una variante de interés: un hombre narra a un amigo su aventura con una onza. A medida que avanza el relato, el oyente interfiere reiteradamente en el relato, lo que obliga al fastidiado narrador a preguntar: ‘¿Vocé é amigo meu ou da onça?’. La historia de la onza agrega un personaje o una situación al escenario del proverbio africano: se trata del intelectual que sin ser onza o león, es sin embargo amigo de la onza. Lo que se agrega es la posicionalidad del intelectual que, sin pertenecer al ámbito de los oprimidos leones, se ubica a su lado y toma, si no una identidad prestada, al menos sí una ‘conciencia de onza prestada’”.

⁸ “¿De qué me habla mamá?

¿De Proskurov, que padeció los sables curvos de Petliura, y el fuego de los sombríos fusiles bolcheviques?

El retorno a un tiempo anterior, reinterpretado a partir de una lectura política de los hechos, se lleva a cabo con una doble intención: resistir al olvido dejando registro de los abusos sistemáticos a los derechos humanos cometidos por el Estado⁹ y revisar críticamente desde la mirada anciana algunos aspectos de “las posiciones contestatarias pero tradicionales de gran parte de la intelectualidad argentina, en especial de la izquierda” (Morello-Frosch, 1991: 117).

Dar cuenta de este pasado además es una forma de explicar y explicarse como parte de una generación atravesada no sólo desde el reconocimiento de las derrotas sino también desde la asunción de los “descontentos” como reza la frase de Shakespeare a modo de epígrafe en *Punto final*. La nostalgia, el dolor y la impotencia recorren las evocaciones sobre una “calle vacía” (EPA: 77).

En Reedson asistimos a una serie de cambios. De las luchas justificadas en términos de oposiciones políticas y los enfrentamientos por la conquista de los derechos en las esferas públicas pasamos a la observación de fenómenos cuyas dimensiones no terminan de entenderse¹⁰. De una posición de partícipe activo en una juventud de militancia nos deslizamos a la visión de un testigo que recuenta y rescata del olvido, episodios de otros años mientras repara en la reconfiguración de los escenarios urbanos¹¹.

La toma de distancia entre un antes y un ahora, desde una mirada retrospectiva, recuenta deudas, califica acciones cometidas o pensadas y anuda en clave de preguntas lo íntimo a lo social¹²:

Y pienso en la revolución que no hicimos.

¿Me habla de los paisanos Martín Fierro y Segundo Sombra, dóciles servidores del patrón de estancia, se llame éste como se llame?

¿Me habla de sombras que perecerán en el olvido?” (PF: 25)

⁹ “Las noches son cada vez más cortas, Arturo Reedson: recordá lo que estás obligado a recordar. Recordá la mañana o el mediodía que buscaste, en un suburbio de Buenos Aires, a Carlos, a Jorge, a Renée, abandonados por El Poeta, y expuestos al acecho de la helada furia homicida de un inminente grupo de tareas.

¿Recordas eso, Arturo Reedson? ¿Y quién más lo recuerda?” (PF: 33-34). Así se incluyen la historia de Pancho Eclert y de Pirí Lugones, sólo por mencionar algunos ejemplos.

¹⁰ “Miraré en la tele que instalé en el depto que compré con la indemnización que me pagaron los nuevos dueños de un matutino comercial porteño, a Robert de Niro cuando tuerce sus labios finos en una deleznable sonrisa. (...)

Y ya en Buenos Aires, que Don Carlos Marx y Don Federico Engels me ayuden.

¿Supieron, ellos, de esa fórmula, cama afuera, que nació con la degradación del matrimonio burgués?” (PF: 120)

¹¹ “En las esquinas, ocultos por la oscuridad, patotas de jovencitos que exhiben su masculinidad y sus servicios a un diputado gubernamental, que es amigo de comisarios y de otros custodios del orden. El diputado gubernamental, a cambio de los servicios que le prestan las patotas de jovencitos, los libera, tan pronto como se entera, de las incomodidades de los calabozos policiales, y de los excesos, casi inevitables, de los uniformes de turno.

Escucho el ronroneo de los patoteros en la oscuridad de las esquinas. Ronronean los jóvenes fascistas, que no saben que lo son. Ronronean su impunidad y su disponibilidad para el crimen” (PF: 121)

¹² Otro ejemplo pertinente, lo encontramos en la cita transcrita en las notas 9 y 10 de este trabajo.

Y pienso que lo que pienso son las flaquezas de un viejo. Sus postreras debilidades.

Y ese viejo que soy; de frente a un inodoro, contempla su miembro y, cansado, desiste de la masturbación que no ejecutará. No desiste de la masturbación

¿Bramé, el miembro entre mis manos, o fue la rabia inútil y fatigada del viejo que soy, lo que rebotó en mi garganta? (EPA: 77)

La vejez ha sido relegada socialmente por la modernidad porque pone en evidencia lo que ésta ha negado obsesivamente: la fragilidad de la condición humana (Le Breton, 2006). No puede reprimirse ni elegirse, en esas condiciones, qué aspectos mostrar a otros. El anciano genera miradas que alternan entre la compasión, la incomodidad, la lástima¹³ y el hastío. Los ritos de ocultación de las señales características en el organismo, de aquello que las sociedades occidentales conciben como debilitamiento, fracasan¹⁴. El cuerpo del otro, el de la madre, representa un espejo sobre el que se proyecta un futuro inexorable y temido¹⁵.

Contrapuesto a este acompañamiento no sólo físico sino también simbólico, nos encontramos frente a otra vejez, la de Don Benavídez. Aquí también, la prosa, hace hincapié, de manera implícita, en las secuelas propias de la transmisión y asimilación de determinadas prácticas culturales. La violencia engendra violencia que vuelve como un boomerang contra uno mismo.

A modo de conclusión podemos señalar que en estas dos novelas de Rivera, un asesinato constituye un pre-texto que no se limita a focalizar la atención sobre la subjetividad delincuente sino que de manera paralela, incluye aquí la de la víctima y fragmentos de la de otros personajes, como Daiana y Facundo. Estos últimos, contribuyen a construir un complejo mundo narrativo y a su vez ponen de manifiesto aspectos siniestros de la sociedad. Sobre un fondo amargo, como en los grotescos del primer tercio del siglo XX, se proyecta una visión pesimista de ciertos sectores marginales, a los que ellos pertenecen, desde un núcleo intenso y comprimido: la familia. Ésta, desintegrada por la falta de lazos de amor y de bienestar material se constituye en exponente de la disolución nacional.

Las escenas familiares de Reedson contribuyen a revelar sus inclinaciones ideológicas, desgastadas a lo largo del tiempo, como su cuerpo. Su sentido crítico y su actitud de constante vigilancia lo erigen en representante de la intelectualidad argentina, no exenta de contradicciones, miserias, egoísmos y humanidades. Él expresa el proceso de

¹³ “(...) Mamá me sonrió: dulce cara de convaleciente” (EPA: 63). “(...) Bostezo. Cumplo con los deberes del hijo único. Eso hago...” (EPA: 65)

¹⁴ “Mamá se saca los dientes postizos y los lava. Le tiemblan las manos” (EPA: 67)

¹⁵ “Mamá, que sonrío de cara al limonero, cala, para entretener nuestros silencios de ancianos” (PF: 22)

“Yo tenía cuarenta años; era, supongo, padre de dos muchachos, dos muchachitos, en verdad biológica; era alguien que contribuyó deliberadamente, a que lo desplazaran de la cama donde fueron concebidos (...) era alguien que descubrió, en un remoto domingo de su juventud, que, más tarde o más temprano, iba a morir. Y cuando descubrió esta abominación, se rompió su alegre casamiento con la eternidad. Y era alguien que, apenas repuesto de esa certeza inconsolable, no de su pena, se dedicó, entre otras tortuosas, misérrimas pretensiones, a que fuese más tarde que más temprano” (PF: 40-41).

progresivo desencanto de las izquierdas (Lechner, 1995), basado en parte en la erosión de determinadas creencias.

La pregunta que cierra, de manera ambigua, la secuencia narrativa: “¿Qué más tengo para decirme que no me haya dicho?” (PF: 125), abre una serie de posibles interpretaciones. Supone esta postrera interrogación ¿un último intento de resistencia? ¿Constituye el final del intelectual, del personaje, de la palabra, del agotamiento de la escritura como proceso creativo o de todos estos elementos juntos?

Estas obras no postulan “sueños de justicia” (Ludmer: 1993), en este contexto, cualquiera puede ocupar el lugar del “otro” y ser eliminado cuando deje de ser útil. Vida y muerte cotizan como mercancías que pueden cambiarse por dinero u objetos en estas economías precarias e inestables.

Corpus:

Rivera, Andrés. 2005. *Esto por ahora*, Argentina: Seix Barral.

Rivera, Andrés. 2006. *Punto final*, Argentina: Seix Barral.

Bibliografía específica sobre el autor:

Berg, Edgardo. 1997. “La Historia en Acto” en *TRAMAS*, Vol. II, N° 6, pp. 73-78

De Diego, José Luis. 1997. “Sobre las novelas de Andrés Rivera (1982-1996)”, en *Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, UNLP, Año II, N° 5, pp. 53-61.

Flawiá de Fernández, Nilda. 1998. “La Revolución es un sueño eterno: Palabra, marginalidad y utopía”, en *Argentina en su literatura*, Instituto Interdisciplinario de Literatura Argentina y Comparadas, UNT, Cuaderno 7, pp. 25-38.

Morello-Frosch, Marta. 1991. “Borges y los nuevos: ruptura y continuidad”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XVII, N° 34, Lima, 2do semestre, pp. 105-120

Bibliografía crítica:

Blanco Amores de Pagelia, Ángela. 1961. “El ‘grotesco’ en la Argentina”, en *Universidad*, 49, Publicación de la Universidad del Litoral, Julio – Setiembre, pp. 161-175.

Domínguez, Nora. 2004. “Familias literarias: Visión adolescente y poder político en la narrativa de Beatriz Guido”, en *Revista Iberoamericana*, Vol. LXX, Núm. 206, Enero – Marzo, pp. 225-235.

Le Breton, David. 2006. *Antropología del cuerpo y la modernidad*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. (1990)

Lechner, Norbert. 1995. “El desencanto llamado posmoderno”, en *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Chile: Fondo de cultura económica (1990).

Ludmer, Josefina. 1996. “Mujeres que matan”, en *Revista Iberoamericana*, Vol. LXII, Núm. 176 - 177, Julio – Diciembre, pp. 781-797.

Ludmer, Josefina. 1993. “El delito: ficciones de exclusión y sueños de justicia”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XIX, N° 38, Lima, 2do semestre, pp. 145-153.

Luz, Alejandra. 1994. “Una poética para el poder”, en Elisa Calfbrese (comp.), *Itinerarios entre la ficción y la historia. Transdiscursividad en la literatura hispanoamericana y argentina*, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.

Ollier, María Matilde. 1998. *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Argentina: Ariel.